

ECONOMIA, DEMOGRAFIA Y EMIGRACION ARGELINA

LA emigración argelina hacia la metrópoli es un hecho ante el que sueñen pasar de largo las publicaciones oficiales francesas. La razón de esta discreción estriba en que no es éste un fenómeno que se da de por sí, sino que se deriva directamente del problema económico, viga maestra de toda construcción, tanto metropolitana como ultramarina. O sea, que la emigración argelina está dentro de la línea lógica de una economía anquilosada, precapitalista y colonial, flanqueada en lo político por la Ley de 20 de septiembre de 1947, el Estatuto de Argelia, aún sin aplicar a efectos prácticos para los argelinos musulmanes, en que se dice que Argelia está constituida por tres departamentos franceses dotados de autonomía financiera, con organización particular, donde los derechos políticos han sido reconocidos a todos los habitantes del territorio, que son franceses desde esa fecha. A pesar de ello, y ésta es una de las contradicciones del Estatuto, existen dos categorías de ciudadanos, definidas por la ley, que forman el 1.º Colegio electoral (franceses de origen, naturalizados y ciertos musulmanes) y el 2.º Colegio, que abarca el resto de los musulmanes. La población de 9 millones largos de Argelia está representada en la Asamblea Nacional por 30 puestos, 14 en el Consejo de la República y 18 en la Asamblea de la Unión Francesa, repartidos por mitad entre el 1.º y 2.º Colegio (un millón aproximadamente de franceses y unos ocho millones de musulmanes, respectivamente).

Pero como ya lo hemos advertido, no reside el problema fundamental de Argelia en lo político, aunque éste aspecto de la cuestión no debe ser minimizado. Sin embargo, no queremos caer en el error de apreciación del Gobierno Mendès-France que puso el acento sobre la urgencia de reformas políticoadministrativas, de la que, en primer término, debía efectuarse la concesión de pleno ejercicio a las

municipalidades mixtas, o sea regidas por un representante designado por el poder gubernamental. Un cierto sector francés se ha alzado airadamente contra ese proyecto porque, indudablemente, era la primera y balbuciente formulación de la necesidad de revisar, aunque fuera a largo plazo, los supuestos en que se basa la acción de Francia en Argelia, que está en contradicción con el Estatuto por ella concedido. Sin embargo, la situación del país reclama remedios en plazo muy breve para hacer frente a los problemas suscitados en parte por un extraordinario crecimiento demográfico que fomenta un movimiento emigratorio en crecida desde el final de la primera guerra mundial, agudizado después de la última contienda. Pero esta emigración es simplemente una faceta espectacular de un problema global argelino, a la vez económico y social, que compromete la responsabilidad que Francia declara estar decidida a seguir asumiendo en unos territorios que ha elevado a la categoría de «parte integrante» del territorio francés.

Elementales nociones de geografía sobre Argelia nos dan a conocer que su superficie es cuatro veces mayor que la de Francia (2.204.864 km.²). De esta superficie sólo es cultivable en la actualidad unos 10 millones de hectáreas en la Argelia del Norte, es decir, sin contar los llamados Territorios del Sur. Esta cifra comprende menos de 7 millones de hectáreas correspondientes a la propiedad musulmana, siendo el resto propiedad de los colonos. Por lo tanto, dadas las cifras de población musulmana y europea, no corresponde ni una hectárea de tierra por musulmán frente a 3 hectáreas por europeo. Además, hay que tener en cuenta que la propiedad de los colonos, merced a las leyes de 1873 y 1887 de sometimiento de las propiedades indígenas a la legislación francesa, está casi toda localizada en las zonas más ricas de Argelia, las llanuras litorales de un país de altas mesetas, erosión intensa, elevadas montañas y escasos rendimientos. En esta zona litoral, única realmente productiva de Argelia, se ha desarrollado una agricultura de exportación (vino, agrios, hortalizas, etc.) que facilita trabajo estable a 100.000 jornaleros y accidentalmente a 600.000. Esta política agrícola basada en la mayor rentabilidad de la explotación se ha incrementado en perjuicio de los cultivos cerealísticos, básicos para la alimentación de la población, que han sido empujados hacia las mesetas donde el problema del agua, existente en todo ese país mediterráneo, adquiere caracteres de gravedad en ciertos años.

En efecto, siendo el régimen de lluvias de 600 a 700 mm. en la costa, disminuye a medida que se avanza hacia el interior, hasta reducirse a 300 mm. y a veces menos, cuando, para que el cultivo del trigo sea rentable, se precisan al menos 400 mm. por año. De ahí, junto con la pobreza de las tierras, que aunque las superficies cultivables del interior sumen unos 3 millones de hectáreas, la producción sea escasa, porque no puede ser mayor. No es esto una consecuencia de los métodos arcaicos empleados por la mayoría de los musulmanes, como se tiende a insinuar o a afirmar, sino el único resultado que se puede esperar de un suelo pobre, de un régimen de lluvias insuficiente y de la falta de abonos, a su vez derivada de las condiciones económicas en que se desenvuelve la vida del campesino. Una encuesta llevada a cabo en 1948 puso de manifiesto que sólo existían 150.000 propietarios musulmanes con propiedades que producían una renta suficiente, frente a 150.000 arrendatarios, 100.000 obreros agrícolas y 600.000 proletarios agrícolas. Es decir, que la proporción de familias rurales «absolutamente indigentes» se eleva al 60 por 100, ello sin contar con los asalariados agrícolas, que tienen algo de tierra acaso, considerados por la Administración como «indigentes sociales». Este proletariado rural es el que nutre el éxodo hacia las ciudades argelinas y la emigración hacia la metrópoli. En tanto, las necesidades de cereales para nutrir a una población en constante crecimiento eran del orden de 27.000.000 de quintales en 1948, con un incremento por año de 425.000 quintales correspondientes a un aumento anual de población calculado en 170.000 habitantes, que por cierto han sido 221.000 en 1952, año en que las necesidades de cereales se elevaron a 28.500.000 quintales cuando la mejor cosecha argelina no rebasa de 25.500.000 quintales. De suerte que en 1951 ya había sido necesario comprar 685.000 quintales de trigo a Estados Unidos y Canadá. A este hecho hay que agregar la reducida dimensión de la propiedad familiar musulmana, que en las 3/4 partes del total no rebasa 4 hectáreas en término medio, cuando por estar situadas en el interior del país, para alimentar a una familia, con un suelo deficiente y un caprichoso régimen de lluvias, se precisarían superficies de gran extensión. A este inconveniente de ínfima producción de productos alimenticios para Argelia no pueden remediar de modo substancial el no muy elevado número de propiedades musulmanas que corresponden a fincas de 25 hectáreas o más, detentadas en general por asimilados que copian fielmen-

te los métodos agrícolas de los colonos y se dedican a los cultivos más rentables de exportación.

Ahora bien, siendo la agricultura la base de la economía argelina, como no han cesado de repetirlo a saciedad las autoridades, los especialistas y cuantos se han asomado a esas cuestiones, la carencia de agua es un hecho de importancia que tiene como natural remedio la creación de reservas de agua, siempre que ésta caiga del cielo, es evidente. Se ha previsto e iniciado un vasto programa para captar 800.000 m.³ Según declaración de M. Mitterand en reciente debate en la Asamblea Nacional, Francia ha gastado en treinta y cinco años 67.000.000 de francos con vistas a convertir en terreno de regadío 170.000 hectáreas, pertenecientes a 5.179 propietarios, de los cuales 659 representan grandes dominios. Pero en la práctica sólo han sido regadas 46.000 hectáreas, quedando el resto en barbecho porque los demás propietarios no quieren pagar las canalizaciones, sencillamente porque no pueden hacer una inversión, aunque ésta debiera acarrearles la fortuna.

A raíz de la guerra, el servicio que comprende diversos medios para ayudar y desarrollar la agricultura (le Paysanat Algérien) estableció un programa tendente a renovar los métodos tradicionales agrícolas mediante la enseñanza de métodos modernos. Se creó al efecto el llamado Sector de Mejoras Rurales (S. A. R.) que trabaja en coordinación con el Servicio de Defensa y Restauración de los Suelos (D. R. S.), principalmente dedicado a la lucha contra la erosión y a conquistar tierras que son utilizadas por el Paysanat en provecho de familias necesitadas. Así, entre 1946 y 1952, fueron instaladas 1.731 familias en una superficie de 18.134 hectáreas, en tanto que la superficie tratada por el D. R. S. representaba a finales de 1952, 78.000 hectáreas que suponían un aumento de producción lógico. Por otra parte, también un cierto número de familias eran asentadas en tierras domaniales. No nos extravién las cifras citadas respecto a las soluciones que representan, al margen de un sincero propósito de remediar el problema de exceso de población en estado permanente de paro. En efecto, en la encuesta ya citada de 1948 se aludía a un plan de asentamiento para las 600.000 familias que *entonces* estaban en exceso. La comparación de las cifras es un comentario elocuente de la pequeñez del remedio frente a la magnitud del problema. La misma suerte corre el examen de las cifras de los resultados generales del

acrecentamiento de riquezas conseguidas por los S. A. R. de cultura y de ganadería. La cifra oficial facilitada por la «Documentación Algérienne» del Gobierno General de Argelia señala que ésta ascendía a unos 4.000 millones de francos y «permitía asegurar teóricamente el mínimo vital de 66.500 personas, lo que representa el 45 por 100 de la progresión demográfica de las poblaciones rurales (150.000 en 1952). En 1951 —añade la publicación aludida— los resultados eran inferiores en un tercio.» Es decir, que los resultados conseguidos —dándolos por válidos— sólo remedian parcialmente el aumento demográfico de un año, sin pretender siquiera resolver el existente de años anteriores, ni el que se suscitará en años posteriores.

Al margen de la actividad de estas organizaciones, no han faltado sugerencias procedentes de ambientes especializados, aunque no gubernamentales, luego por ello mismo a salvo de las interferencias políticas que presenta la cuestión. De ahí que se propusiera hace ya tiempo el estudio de una «reorientación» o reconversión de la agricultura, sustituyendo los productos de exportación por los alimenticios o industriales (más cereales y algodón). Al mismo tiempo se propugnaba que mediante el empleo de abonos, técnicas modernas y simientes seleccionadas se aumentara la producción de los suelos ya dedicados al cultivo de los cereales. Esto implicaría una verdadera revolución agrícola en Argelia, cuya principal riqueza es en la actualidad el viñedo, lo cual no deja de ser una paradoja en un país de amplia mayoría musulmana que sólo absorbe el 85 por 100 de la producción, aunque ello ponga de manifiesto cómo la economía ha sido pensada no en función de Argelia, sino de los colonos. El cultivo de la vid ocupa 400.000 hectáreas de las más ricas tierras, de las cuales 370.000 hectáreas están en producción. El excedente de producción de vino es adquirido a precios elevados por una metrópoli que lo vende a precios más bajos, al mismo tiempo que aconseja a los tradicionales viticultores del Sur de Francia la reconversión de sus cultivos y hace votar leyes antialcohólicas en un país donde el alcoholismo alcanza categoría de problema nacional. Los beneficios así conseguidos a costa del contribuyente francés pueden ser disfrutados por los colonos a la par en la metrópoli sin beneficio alguno para Argelia en cuanto a comunidad, pues los empréstitos apenas si son suscritos por los franceses de Argelia que tienden a reinvestir sus beneficios en sus empresas particulares. El empréstito argelino de 1951 ha producido difícil-

mente 4.000 millones de francos, lo cual no es síntoma indudable del agotamiento de la capacidad financiera del país, sino del retraimiento del capital. De suerte que el problema argelino, aun siendo preferentemente económico, deriva hacia lo político y lo social, sin afectar la fortaleza de los colonos, apenas arañada por muchos esfuerzos, algunos muy sinceros, hechos desde París para abrir una brecha en su sistema de defensa y dar paso a una auténtica colaboración franco-argelina. Y a este respecto, por asociación de ideas, pensamos en la reforma agraria egipcia que sin desposeer, en el sentido lato de la palabra, a los propietarios de inmensas propiedades, cuyos beneficios redundaban en el exclusivo provecho de una familia, han sido llevados a convertir sus riquezas estáticas rurales en riqueza dinámica industrial.

La industrialización apareció al final de la segunda guerra mundial como un remedio indicado para absorber el exceso de mano de obra autóctona que mal vive de la agricultura, ya que sólo el 27 por 100 de las tierras de la Argelia del Norte, considerado país agrícola, es cultivable y está en sus $\frac{2}{5}$ partes, aproximadamente, en manos de los colonos. Se han señalado la falta de carbón, de energía eléctrica, de materias primas, de mano de obra especializada y el costo de los transportes como factores principales que hayan pesado sobre el desarrollo frustrado del plan de industrialización del Gobernador General Yves Chataigneau. La realidad es que la industrialización de Argelia no interesa al capital argelino organizado sobre bases económicas de tipo colonial. De ahí la falta de inversiones privadas que ha frenado el impulso inicial hasta estabilizarlo. Por lo demás, la falta de preparación técnica de los musulmanes argelinos implicaba un llamamiento a la mano de obra especializada del exterior que, aunque en pequeñas proporciones, hubiera aumentado la colonización y el subsiguiente paro. De suerte que los esfuerzos hechos hace años para industrializar vigorosamente el país sólo significan trabajo para unas 80.000 personas cuyos salarios, por cierto, no están equiparados a los de la metrópoli con un costo de vida sensiblemente el mismo (1). Como finalmente ninguna disposición oficial impone a las sociedades

(1) Salarios industriales mínimos: 74 frs. por hora en Argelia; 105 frs. por hora en Francia.—(Cifras de la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos.)

francesas o extranjeras que han instalado industrias en Argelia una reinversión en el país de parte, al menos, de sus beneficios, la conveniencia y la carencia de sentido social han frenado una progresión en mancha de aceite de la industria en embrión. Esta, sobre no absorber de modo realmente satisfactorio el exceso de mano de obra, tiene un reflejo de sus menguados límites de productividad en el déficit de la balanza comercial que con la sola metrópoli arroja 79.000 millones de francos en 1952, contra 68.000 millones en 1951, descomponiéndose el total de importaciones como sigue: bienes de equipamiento, 17,2 por 100; materias primas, 27,2 por 100; bienes de consumo, 55,6 por 100.

En la actualidad se está haciendo un esfuerzo hacia la minería y las posibilidades petrolíferas, pero los ritmos de productividad del subsuelo argelino, en gran parte en fase de investigación, no contribuyen sino moderadamente a absorber el fatal exceso de mano de obra que gravita sobre todos los aspectos de una economía que se establece sintéticamente sobre la base de la considerable importación que en la misma tiene el sector llamado primario (actividades agrícolas, de extracción de las riquezas del subsuelo —en mucho menos proporción— y artesanales). Dado el caso de que una estructura económica de tipo colonial implica un amplio sector de actividad primaria subyacente a la actividad de un reducido sector de exportación, modos de producción e intercambios basados en las técnicas modernas, que disponen de capital originariamente procedente del exterior y acrecentado en el país, podemos afirmar que la economía argelina es colonial. Es esta la suprema contradicción que brinda este territorio, que se considera «parte indivisible de la República Francesa». Porque esta anomalía es la misma que si los departamentos de los Altos Alpes o del Hérault estuvieran regidos por otros conceptos económicos que Francia.

En la coyuntura actual, hay que acudir en busca de la esperanza hacia las perspectivas de equipamiento oficial de Argelia. El Gobierno Mendès-France elevó de 31 a 40.000 millones de francos los créditos destinados al equipamiento de Argelia, mientras que los créditos destinados a la formación profesional pasaban de 2.400 millones en 1945 a 3.600 millones en 1955, ello dentro de un programa destinado a aplicar íntegramente el Estatuto dado por Francia a Argelia. Aparte de los aspectos puramente políticos de la cuestión, el proyecto tenía

otros político-económicos tendentes a hacer cesar la protección que la metrópoli, a través de sus contribuyentes, dispensa a grupos que son supervivencias de un pasado que en teoría finalizó en 1947. Dentro de la línea Mendès-France, es posible que el capital amasado en Argelia hubiera tenido que acabar por contribuir a su desarrollo, ello a través de emisiones de empréstito, lo cual hubiera podido remediar la anquilosis económica de un país de extraordinaria vitalidad en le demográfico.

Ya hemos señalado la importancia del crecimiento de la población musulmana argelina. Este hecho obedece tanto a un descenso de la mortandad, indudable victoria de la sanidad francesa, como al aumento de la natalidad. De él, amplios sectores de opinión francesa han sacado un argumento a favor de los beneficios de todo orden derivados de la acción de Francia en Argelia. Sin pretender, ni mucho menos, que el balance de esta obra es totalmente negativo, no creemos que sea este el argumento que más abogue a favor de un balance totalmente positivo. También Egipto padece el empuje del crecimiento demográfico. Sin embargo, el bajo nivel de vida de las masas egipcias es insistente argumento defensivo de la opinión francesa para responder al interés que Egipto presta al Norte de Africa, como hacía observar finamente el conocido especialista de temas norteafricanos M. Charles-André Julien. Japón y la India arrojan un gran porcentaje de natalidad, frente al ritmo sosegado de Estados Unidos y Suecia, países de alto nivel de vida. Incluso en la misma Argelia, la natalidad en ambientes europeos ha descendido de 26 a 22 por 1.000, mientras que pasaba de 22 a 30 por 1.000 entre los musulmanes, según cifras aducidas por M. Charles-André Julien. Sin embargo, es de presumir que hay más riqueza y bienestar en los ambientes europeos que típicamente argelinos. De ahí que no nos parezca un «fenómeno», como decía muy seriamente una publicación oficial, el que la Kabília tenga 124 habitantes por km², con nacimientos en proporción, mientras que los departamentos de los Altos Alpes y Bajos Alpes, que recuerdan la configuración geográfica de esa región, sólo tienen 13 habitantes por km². La plétora de nacimientos suele ser un subproducto de la pobreza, una reacción fisiológica del pobre semejante a la del tuberculoso o a la observada en tiempos de guerra y exterminio.

A su vez, la emigración aparece en este cuadro general como una

manifestación del instinto de la conservación. Es difícil, en la actualidad, determinar la cifra de argelinos emigrados a Francia. En primer lugar porque la nacionalidad francesa concedida a los naturales de los tres departamentos ultramarinos no permite llevar un control a efectos de emigración, contrariamente a lo que sucede con Marruecos y Túnez, Protectorados franceses. En segundo lugar, porque la masa de emigración comprende, por una parte, los emigrados temporales, que a veces sólo permanecen en Francia durante el paro estacional agrícola y, por otra, los que se trasladan a Francia para un largo plazo, hasta poder criar a sus hijos o adquirir un poco de tierra con sus ahorros. No obstante, la cifra parece aproximarse mucho al medio millón, incluyendo un reducido número de mujeres y niños. En efecto, la emigración que hasta hace poco era exclusivamente individual se efectúa ahora en ciertos casos —pocos— familiarmente, en razón de la disparidad de los regímenes de Seguro Social y Pluses de Cargas Familiares según la familia resida en Francia o en Argelia, lo cual no deja de ser una anomalía más dentro del principio de «Argelia tierra francesa». Sobre estas masas emigradas existe en Francia una amplia literatura, sea abogando en favor de una mejora de la situación de las mismas, sea declarándose decididamente hostil a su presencia en el suelo de Francia, por considerarlas compendio de todas las iniquidades. Sin que la abstención respecto a la situación de estos emigrados signifique falta de una opinión formada sobre los que unen a la desgracia de la miseria la de la expatriación, preferimos citar a un francés cuyo sentido de la justicia y la humanidad le mantiene a salvo de un falso patriotismo tendente a silenciar los fallos de la comunidad nacional. Dice M. Charles-André Julien en su obra «L'Afrique du Nord en marche»: «Hoy día el drama de la miseria argelina se prolonga en tierras de Francia. El obrero indígena confinado en tareas no especializadas, explotado por los patronos y los hoteleros de los que se sirve la policía, en lugar de poner término al escándalo de habitaciones y camastros alquilados a precios prohibitivos, privado de las ventajas de la Seguridad Social para su familia que permanece en Argelia, cuyas cargas no deja de soportar, obligado a reservar una parte de su salario para enviarlo a los suyos y abocado por sus condiciones de vida a la tuberculosis, siente pesar sobre él un racismo fomentado por la gran prensa. Es el sospechoso que la opinión designa

a los poderes públicos y que es detenido ante los más débiles indicios, sobre todo si forma parte de un grupo nacionalista. Así llegamos «a esa situación abyecta en que el argelino se convierte en «sidi» o en «bicot», en que por ser diferente asusta a las personas honradas y en que su presencia plantea un problema. Problema al que no se imagina otra respuesta, naturalmente, que la respuesta policíaca», termina M. Charles-André Julien citando los resultados de una encuesta sobre los norteafricanos en la metrópoli de H. Droschat y M. Péju.

A tan vigorosa y patética descripción de la situación del emigrado argelino sólo queremos aducir unos modestos comentarios. No son originales en el sentido de que nos referimos constantemente a encuestas realizadas en los medios norteafricanos, aunque no las citemos una por una. Emanan señaladamente de los grupos católicos que, como es sabido, postulan en Francia a la vanguardia de una reivindicación de justicia social, que es preocupación preferente de la Santa Sede, y han montado centros destinados a acoger, ayudar y orientar a los norteafricanos, en conexión con la obra de Mgr. Mercier en el Norte de Africa, dedicada a la creación de escuelas de aprendizaje con vistas a fijar las poblaciones de los Territorios del Sur.

Carentes de preparación técnica, en su mayoría analfabetos, estos emigrados proceden, sobre todo, de la Kabilia y del campo. La procedencia confiere un carácter muy particular a este proletariado «por salir de una sociedad y una economía de tipo patriarcal, donde el individuo es absorbido y protegido, para caer, de golpe, en una sociedad y una economía donde el individualismo es llevado a sus extremos límites». Este desarraigo fundamental, que repercute no sólo en su ser moral, sino en sus mismos principios religiosos, añadido a su falta de preparación, se traduce en un desconcierto convertido en un cierto nomadismo de la emigración argelina. En realidad, más que de ciudad en ciudad o de trabajo en trabajo, el argelino va errando en busca de una amistad, de un desconocido que personalice el pequeño mundo perdido y la tierra natal a que tan apegado es. La indiscutible segregación que se produce en el trabajo agrupa a estos proletarios, aislados dentro de la misma clase obrera, que en las minas no trabajan fuera sino en contadas ocasiones, realiza en la metalurgia y la industria química los trabajos peligrosos y son siempre peones en la construcción, desempeñando, en razón de su número en crecida,

el triste papel de ejército de reserva del trabajo, de masa marginal de mano de obra inagotable. Esta situación inferior en el mundo del trabajo suscita además los recelos y los rencores de sus compañeros metropolitanos, prontos a reprocharles su aceptación de bajos salarios —los «mínimos vitales» que señala la ley—, lo cual impide la revalorización de los jornales por frenar la subida en el escalón inferior. De ahí sólo hay un paso para llegar a la discriminación racial, que no siendo admitida por los principios que informan el pensamiento francés, actúan no obstante en la realidad cotidiana. Salvo contadas excepciones —mediante amancebamientos y alguna vez por matrimonio— los argelinos viven, trabajan, luchan, padecen y muchas veces mueren entre sí, solos en medio de una sociedad que en el caso más favorable se mantiene indiferente.

Peor organizados que los marroquíes emigrados en Francia, los argelinos sufren las consecuencias de su tradicional anarquía bereber y fácilmente resbalan hacia el hampa, en gran parte por falta de apoyo moral, de orientación y de medios materiales. Sin embargo, pese al tópico de una delincuencia generalizada de los medios norteafricanos, no aparece ésta mayor que la observada en crecida desde el final de la última guerra en ambientes metropolitanos donde el atracó a mano armada, el robo, el crimen crapuloso y la estafa, sin mencionar otras formas de degeneración, ocupan amplio espacio incluso en periódicos serios, siendo casi todos, y algunos días todos ellos, perpetrados no por «indígenas» a secas, sino por indígenas de Francia.

La hostilidad hacia los emigrantes argelinos es tanto más injusta cuanto que representan una aportación substancial al trabajo en Francia, precisamente en razón de que son en general los que realizan las más humildes y penosas tareas, se resignan a míseros sueldos de los que reservan una parte para enviar a sus familias. En una balanza de cuentas deficitaria, desfavorablemente incluida por los gastos de los veraneantes que van a la metrópoli a descansar y que se estiman en unos 20.000 millones de francos, hay que consignar los 10 ó 15.000 millones que el trabajo argelino en Francia envía a sus familias residentes en Argelia.

Sin pretender ensombrecer románticamente los tonos, tal es el cuadro en general de una emigración provocada más que por el famoso empuje demográfico, por los defectos capitales de un sistema

sobre cuyos aspectos político-administrativos han hecho puntualizaciones muy interesantes el Doctor Ben Aïsa Ben Salem, vicepresidente de la Asamblea argelina, que al frente de una delegación del 2.º Colegio se trasladó a París a primeros del pasado febrero para dar a conocer su posición al Gobierno y a los partidos. Después de lamentar «la escisión étnica a la que nos oponemos, porque queremos una verdadera comunidad argelina» y subrayar la anómala desproporción de la representación entre musulmanes y europeos, así como la situación de los municipios mixtos, señaló que «el elemento musulmán sólo ocupa los puestos subalternos y no participa en modo alguno en la administración de su país». Estas afirmaciones confirman cuanto aún tiene de colonial el régimen aplicado a esa «tierra francesa» necesitada, ella también, de una revisión a fondo de los supuestos que informan la presencia de Francia en ese sector del Norte de África, tanto en lo político como en lo económico. Un estudio del problema de la gran propiedad, que es una inmovilización de capital para un provecho individual, la conquista de nuevas tierras, el fomento del empleo de abonos y otros métodos modernos de cultivo, la reconversión de la agricultura, la realización de los planes hidráulicos, el desarrollo de los recursos locales, la capacitación de la mano de obra, la industrialización armonizada con las posibilidades naturales del país, etcétera, aparecen como tantas medidas de simple sentido común que no tienen la pretensión de trazar un programa.

A Francia incumbe trazarlo, y sobre todo aplicarlo, si no quiere que los intereses y el porvenir de la nación sean postergados en provecho de intereses de grupos y personas que tanto han influido en el desarrollo de la acción de Francia en Argelia y han impedido que puedan darse «las condiciones de la verdadera paz que es la justicia social». Esta preocupación de justicia social queda consignada en la declaración del Episcopado de Argelia a finales del pasado noviembre, en la que asimismo se ponía el acento sobre «la situación trágica de una parte importante de la población que padece hambre y de la privación de las cosas más necesarias para la vida, especialmente en ciertos suburbios de las grandes ciudades y en las regiones más desheredadas de Argelia». Pero la justicia social reclamada enérgicamente por el Episcopado argelino precisa una reconsideración del sistema de gobierno de Francia en Argelia, de la cual no se vislumbran síntomas.

claros en un próximo futuro. Ha de tenerse en cuenta que no dejó de contribuir a la caída del Gobierno Mendès-France el proyecto de enmendar ese sistema, limitándose de momento a la aplicación «leal» del Estatuto político con vistas acaso a ulteriores enmiendas en el orden económico. Pero la cuestión argelina —como toda la norteafricana— es un terreno muy resbaladizo para cualquier Gobierno que pretenda servir a Francia en primer término.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.

